



el autor, el intelectual como lo entendíamos ha muerto, y ahora, tras irse Mankell, más muerto queda aún.

Cuando le diagnostican cáncer, Mankell escribe. Escribe **Arenas movedizas**, en recuerdo de un recuerdo infantil, de esos granos como tentáculos que le apresan y hunden. No se para, no se detiene en la autolástima, aunque “fue una de las pocas ocasiones en mi vida en que estuve a punto de empezar a quejarme”. Ojo, tiene un cáncer quizá terminal (así fue), de modo que nada de bromas, nada de florituras, nada de verborrea: verdad y nada más que la verdad. Mezcladas con anécdotas nada jocosas (a punto de morir una vez, en África: una pistola en la cabeza; una brutal paliza portuaria; un viaje por tierras de Salamanca donde asiste perplejo a la renuncia de un camarero...), Mankell pasa revista. A la ficción, al arte: “El hombre es un ser que, a lo largo de milenios, se ha desarrollado hacia una funcionalidad cada vez mayor. No tendríamos la enorme

capacidad creativa que parte de la fantasía y de la inventiva si no fuera un rasgo necesario para nuestra capacidad de supervivencia”. A la enorme empatía que siempre le animó: [en una cafetería de París] “Observo a las personas que hay en las otras mesas y pienso que todas ellas albergan algún tipo de esperanza. De que algo salga bien, de que algo pase pronto, de encontrar la explicación a algo, de que algo que les causaría dolor no sea cierto. Tenemos que procurar siempre que la esperanza sea más fuerte que la desesperanza. Sin esperanza no hay, en el fondo, supervivencia”. A la esperanza, al esfuerzo por mantenerla: “Nunca es demasiado tarde para nada. Todo es posible todavía”. A esa empatía, insisto, cuando no nos damos cuenta de que no solo el occidente del bienestar existe: “Llevo en mi interior a vivos y a muertos, y supongo que, de la misma manera, yo también existo dentro de otros que se reconocen en mí”. O lo que somos y seguimos siendo hasta que los residuos nucleares (obsesión nuclear de Mankell) nos sepulten: “Millones de personas que hacen una breve visita a la Tierra, una visita que coincide con la nuestra”. Esa visita: “La vida es un viaje tumultuoso entre lo que nos causa miedo y lo que nos da alegría. En el mejor de los casos logramos atesorar buenos recuerdos a lo largo de ella. Por más que, en nuestro mundo, sean demasiadas las personas que se ven obligadas a olvidar para vivir”.

Una mañana, tras una época en que la quimioterapia le había dejado sin fuerza alguna, Henning Mankell escucha el canto de un mirlo: “He oído cantar al mirlo, luego he vivido”, reflexiona. Acaba de morir, a los 67 años, en Gotemburgo, de ese cáncer.



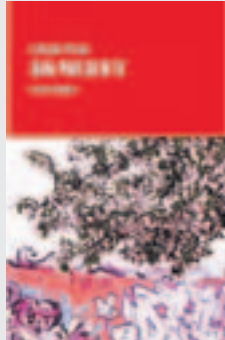
Arenas movedizas

HENNING MANKELL
Trad. Carmen Montes Cano
Ed. Tusquets 2015
376 páginas

La Brújula. POR EUGENIO FUENTES

Relato crudo de una juventud desclasada y desarbolada

Si los punkies de mediados de los setenta chillaban “No futur”, el francés **Lionel Tran**, que sólo tenía cinco años cuando los **Pistols** se paseaban en barco por el Támesis sacándole la lengua a la Reina, lanza en “anglogalo” un grito aún más lacerante: “No présent”, o sea, el **Sin presente** que da título a esta novela. Tran ya es conocido de los lectores en castellano, porque su **Sida mental**, publicado por Periférica en 2008, conmocionó a quienes tuvieron la sabia intuición de reparar en ella. Estamos en 1989, ya saben, el año del Muro, diez años después del desembarco de **Thatcher**. En La Croix-Rousse, barrio de Lyon, la ciudad natal de un autor que sabe bien de qué habla, los jóvenes deambulan entre pequeños trapicheos hasta que un grupo decide formar el colectivo Tabula Rasa y aislarse para dar rienda suelta a su creatividad. Uno de ellos se compromete a escribir todos los días. **Sin presente** es su relato crudo de una juventud desclasada, desarraigada y desarbolada.



Sin presente

LIONEL TRAN
Traducción de
Laura Salas Rodríguez
Periférica
152 páginas
16 euros

La fascinante historia de cómo los peces se volvieron hombres

Neil Shubin (Filadelfia, 1960) es paleontólogo y, sin embargo, ha dirigido durante años el curso de Anatomía Humana en la facultad de Medicina de la Universidad de Chicago. Al fin y al cabo, como explica en el prólogo a **Tu pez interior**, los mejores mapas para entender por qué el cuerpo humano tiene la conformación que conocemos están dibujados en los cuerpos de otros animales, que no son sino versiones más simples del nuestro. Pero, además, Shubin fue en 2006 codescubridor del Tiktaalik, pez fósil de 375 millones de años que se ha revelado como eslabón entre los peces y las criaturas terrestres más antiguas. Gran divulgador, dotado de una envidiable inteligencia y una pluma hipnótica, Shubin desmenuza en este fascinante volumen la aventura de la evolución y, a la vez, va explicando cómo se han ido construyendo las hipótesis que ahora se manejan. La obra incluye ilustraciones, sencillas pero eficaces, y, por supuesto, propone lecturas complementarias para quienes sigan queriendo más.



Tu pez interior

NEIL SHUBIN
Traducción de Ricardo
García Pérez
Capitán Swing
264 páginas
18,75 euros

Cuando el juego de cerrar los ojos se convierte en ceguera

Todo está tranquilo arriba, la historia de un granjero que a los 55 años toma las riendas de su vida, fue el volumen con el que en 2012 se estrenó Rayo Verde. La novela, del holandés **Gerbrand Bakker**, era desde su aparición en los Países Bajos una aspiradora de premios y fue traducida a numerosos idiomas, lo cual conllevó sucesivas cosechas de galardones. En **Todo está tranquilo arriba**, como en **Diez gansos blancos**, que nos llegó año y medio después, están ya todas las claves de la narrativa de Bakker: claridad, concisa precisión y una atención a lo cotidiano que florece en personajes y atmósferas contruidos con maestría. **Los perales tienen la flor blanca**, ahora vertida al castellano, fue escrita para niños y luego reescrita para todos. El juego favorito del menor de tres hermanos es Negro: cerrar los ojos y a ciegas buscar objetos. Negro dejará, sin embargo, de ser un juego, tras un accidente en el que el menor de los tres pierde la vista. Tristeza y un amoroso rayo de esperanza.



Los perales tienen la flor blanca

GERBRAND BAKKER
Traducción de María Rosich
Rayo Verde
156 páginas
16 euros

Retrato colorista del sur profundo de Estados Unidos

Sobrina nieta del autor de **El último mohicano**, **Constance Fenimore Woolson** (1840-1893) es recordada por sus muy detalladas ficciones sureñas o por las ambientadas en los Grandes Lagos o el universo americano de Europa, donde tal vez se suicidó. Woolson, personalidad conservadora, fue gran amiga de **Henry James**. Esta relación ha dado pie a varias obras –**Emma Tennant**, **David Lodge** o **Colm Toibin** firman algunas–, en particular estos últimos años, cuando su narrativa se ha revalorizado como fuente para conocer los EE UU poscoloniales y sus gentes, en especial sus mujeres. **Por el bien del comandante** (1883), su novela más respetada por la crítica, se ambienta en una pequeña población donde reina un antiguo militar sudista ya algo perturbado, cuya madura esposa se desvive por aparentar una juventud que ilusiona al anciano. Hasta que el regreso de un hijo de la dama, un proscrito, rompe la paz de un mundo en el que estar a cincuenta y cinco horas de la capital del Estado se estima ejemplo de magnífico emplazamiento.



Por el bien del comandante

C. FENIMORE WOOLSON
Posfacio **Henry James**
Traducción de Julia Osuna
Ardicia
208 páginas. 17,50 euros